

León en piedra

*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como abandonar un vicio,
como contemplar en el espejo
el resurgir de un rostro muerto,
como escuchar unos labios cerrados.
Mudos, descenderemos en el remolino.*

Cesare Pavese

Ha muerto el naranja. Ha nacido el púrpura. Han muerto las notas. Ha nacido el silencio. El monte Fuji se impone a la noche. Palpita el sueño de la aldea como la lenta vorágine de la flama que calla. Se deslizan los copos de nieve. Se petrifican los cerezos. Un niño está despierto. Desde una ventana, observa. Aguarda a un elefante enorme con patas de tigre. El barritar que devore sus temores. La silenciosa succión de las pesadillas. Cazador de nubes. Cazador de espuma. Cazador de gritos. Aún no estallan los astros y el niño mantiene la vigilia con una sonrisa cada vez más remota. Entre guindas colinas se esculpe un amanecer incierto. Las sombras reticentes apuntalan apenas la esperanza. La cartografía del Fuji permuta en rascacielos. El niño se despierta hombre. En los surcos de su lengua palpitan convulsos hedores. Lecho de colillas. Estira con dificultad sus dedos y pronto halla al metal helado. Las muletas, perpetua compañía. Esa noche, como todas, el Baku se ha olvidado de León.

Lucrecia, su amante, duerme en el sillón magenta. La tela gris de su vestido cede ante los pezones rabiosos. Él siente en los labios otra vez la vida. Al sentarse en la cama, el reloj le revela que el amanecer de su sueño es ya crepúsculo. De su cartera emerge una lámina de ácido. La abandona a su suerte, bajo la lengua, en el piélago de saliva. Lentamente, los colores retornan a su artificio.

—Perdone, Maestro León. ¿Están listos? Se hace tarde.

Palabras inscritas en el abismo. En el umbral se yergue Román, el guardaespaldas. Tímido y terrible, arcano ídolo de un altar pétreo. Desde las sábanas se extiende una mano displicente y le borra del cuarto.

León cierra los ojos y siente la presencia de Lucrecia. Ella ha despertado. Las lenguas se baten en el reconocimiento. Emerge una lámina más, que se destroza en el *maelstrom* de dos bocas.

—El traje gris y la corbata verde, Lucrecia.

—Sí, León.

—Y pon a Jackie. *Sarabande*, Lucrecia.

—Sí, León.

—Y mi vaso de oporto, Lucrecia.

Mujer que desnuda y viste al hombre amado. Un diminuto cuerpo, deforme y cetrino. Las piernas muertas formulan una pregunta muda. Los tobillos son una peonza paralizada en pleno giro. El vientre flácido, quieto. Se contraen las cicatrices en ajenas constelaciones. Una madre que carga una piedra. Lucrecia baja a León de la cama, le permite beber de sus senos y después se escapa.

León se arrastra en vilo sobre los obeliscos de metal. Lucrecia busca en su brazo izquierdo la arteria primordial. En ella descarga la ilusión de los héroes. Como si paladear esa esencia absurdamente divina fuese la restitución de todo aquello que su mente, su espina dorsal, ha perdido. Esclerosis múltiple, nombre pavoroso y absurdo. En seguida, ella se inyecta y sonrío. Él sólo observa la trémula impotencia de la *Sarabande* de la segunda suite de Bach. Plegaria que, en los pliegues de la sombra, reformula a Jacqueline du Pré. ¿Qué tan difícil fue para ella la condena de mirar perpetuamente afónica a su chelo, a la

Diego Suárez Rojas

expectativa de la movilidad reconquistada? Mientras Lucrecia se maquilla, debajo de una ciudad de basura halla su fotografía favorita. En tinta china, al pie, apenas reconoce la caligrafía propia:

“Sinfonía inconclusa”: Las caricaturas son una burla certera de la vida. Mientras caminaba por el centro, descubrí bemoles regados por la banquetta. Blanco, negro y rojo me guiaron hasta la hermosa mujer que murió aplastada por un piano. Sin duda, ofrecía esa imagen una música que nadie se molestó en aprehender o, mejor, concluir.

León es un fotógrafo de la muerte. Su nombre aún ostenta las reliquias de la fama. Al encontrar uno de los innumerables rostros de la muerte en el mundo, acompañaba la foto de un breve texto. Pero ya hace más de un año que abandonó por completo su caja oscura. Galerías, entrevistas, conferencias, libros. Todo cesó. Menos las drogas. Nadie podría detenerles: ante la enfermedad, casi nada es ilegal. Lucrecia se oculta tras una voluta de sueños. León, a través del vidrio del auto, reinventa a partir de la ciudad fugitiva el diagnóstico inmutable de los médicos. Los labios gesticulando la condena. El porqué de su petrificación. A sus manos arriba la pipa de hachís. “Dios me perdonará: es su oficio”. El verso de Heine resbala junto al fuego.

Al abrirse la puerta del coche millones de candiles mueren y nacen. Click, click, click. Flash, flash, flash. “Qué desperdicio”, pensó León. Admiradores, buitres, periodistas. Orgasmo de manos y voz. Gritos desaforados que ven en él un extraño retorno de Lautrec. Román blande su cayado y cede el Mar Rojo. León, cuya corona alcanza apenas la cintura de Lucrecia, se dirige sin mirar a la entrada del bar *Lactic Acid*.

Diego Suárez Rojas

“Herrumbre”: No recuerdo esta antigua feria. Nunca estuve aquí. Pero podría ser mi feria. Sólo sobreviven el carrusel y la rueda de la fortuna. ¿De qué color habrán sido? La herrumbre ha permutado su voz. Ahora, es más profunda. Pero más lejana. Están demoliendo para construir gris. Sólo sobreviven el carrusel y la rueda de la fortuna. Una cinta amarilla impide el paso. Una niña observa. Mañana ninguno estará.

Sillón de piel. Galimatías, galimatías. Forjan sus manos una delgada oruga de hierba. Desierto de sanguijuelas. En una sala privada del bar, decenas de personas le escuchan. Las palabras de León se saben alabadas y juegan: se tuercen, escinden, callan. No merman las sonrisas. No falta quien desee una nota para el suplemento de un periódico sin nombre. León, con su mirada de entomólogo, es rey en su corte de fantasmas. ¿Qué rasgo de vida aún subyace en estas facciones terribles? La bebida anima la ironía. León recoloca las piezas de su laberinto. Los engranes, tal acordeón desquiciado, se desbordan.

“¿Utopía?”: ¿Sucederá en todas partes? He aquí la propaganda de una campaña fallida. ¿Cuántos años hace que en la memoria de todos estaba inscrito el nombre de este candidato? Hoy sonrío al susurrar nuevamente sus letras. La lluvia ha destrozado la imagen. Pero todavía se aferra al poste, pese a todo, pese a nada. Cuántos sueños. Cuántas promesas. Cuánta esperanza. ¿Cuántos sueños? ¿Cuántas promesas? ¿Cuánta esperanza?

—Lucrecia... ¡Lucrecia! ¡Lucrecia! ¡LUCRECIA! ¡LUCRECIAAAAAAA!

El solitario arabesco de un muñeco roto y patético. *L’homme aux bras ballants*. Leve, se balancea enceguecido. Vuela el alcohol. Estalla el cristal. Caen las muletas sobre

Diego Suárez Rojas

incautos. Ebullición de saliva. El rugido de un felino íngrimo. Entonces, el tropiezo. La maroma. La risa. Alguien que se apiada.

— ¡No me toquen! ¡NO ME TOQUEN! ¡¿No saben quién soy?! ¡Lucrecia!
¡Lucrecia! ¡LUCRECIAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA!

Madre. Amante. Puta. Lucrecia merge del sur, de una confesión sobre el regazo de una sombra extasiada. Su mirada a la zozobra. El escote enrevesado. En la comisura de los labios el asomo de una semilla. Inicia el simulacro. El grito de una dama en peligro. Horror.

— ¡Auxilio! ¡Me ha tocado! ¡Me ha tocado! —dice ella.

— ¡¿QUÉ?! No... pepepepepepepepero... —exclama el otro hombre.

— ¡León! ¡León! ¡LEÓN!

—Pepepepepepepepero...

— ¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Lucrecia!

— ¡El guardaespaldas! ¡Román! ¡Román! ¡ROMÁN! ¡ROMÁÁÁÁÁÁÁN! —
ella colapsa.

Movimiento sincrónico. Aparecen vendas negras y aguja e hilo rojo. Todos los presentes se cubren la mirada y zurcen los labios. Excepto León. Juez desde lo bajo. Próximo a Minos. Lucrecia, ovillo, oculta tras su sombra. Román golpea, descuartiza, al hombre joven, sano, fuerte. Fusión de carne. Identidad informe. ¿Quién golpea? ¿Quién recibe?

Nadie habla en el retorno. León se pierde en las sombras de los párpados. ¿Es amado? Conoció a Lucrecia en la última exhibición de su obra, posterior a la sentencia del galeno. Esa noche fue cautivo de su lengua desenfadada. Lucrecia es apenas la segunda mujer en su vida. Más allá de los confines de la cama le ofrecía tan sólo vaho. Dinero, drogas, sexo, catedral. Y por supuesto, la construcción de un altar que jamás mirase atrás.

Diego Suárez Rojas

Pero en la soledad, la desesperación, el vacío puede permutar en universo. Puede, aun, ser suficiente.

—No te preocupes, León. Volverás. Eres (as) un genio.

¿Dónde se extravían los ojos? ¿No puede ya reconocer a la muerte en las simples cosas? Si todo es exánime, todo es idéntico. Sólo en este artilugio la tortura es dulce: *Iron Maiden*. El tocadiscos exhala “Wasted years”. Ahí, Clive Burr, el baterista, está ajeno a la petrificación. Jamás será inmóvil.

*From the coast of gold, across the seven seas,
I'm traveling on, far and wide.
But now it seems, I'm just a stranger to myself.
And all the things I sometimes do,
it isn't me but someone else [...]*

*So understand.
Don't waste your time always searching for those wasted years.
Face up, make your stand.
And realize you are living in the golden years.*

Lucrecia extiende su cuerpo desnudo sobre la alfombra. La fuerza de León reside en la cintura y los brazos. Escala a la mujer. Se aferra al vientre y penetra. Una larva sujeta al tallo de una margarita. Los gemidos de ella son insoportables. No comprenden el dolor que él siente. Será la luna, será la tristeza, a él retorna su acervo de nigromante. Da una palmada. Click. Detiene la mueca. Acude la navaja y el disco de Wagner, *Götterdämmerung*. Con el filo hace cortes precisos: el cuello desaparece y apenas sangra. Cruje el disco entre sus manos hasta hacerse limadura; de ella molda una nueva voz. Garganta negra. Palmada.

Diego Suárez Rojas

Click. Movimiento. Penetra. Florence Austral se desgarrar en el cuerpo de Lucrecia. Su voz en crescendo se dirige a la “Immolation”. Él la acompaña febrilmente. Identificación. Ambos sienten dolor. Se comprenden. Y sueñan ser la pareja que, tras el *Ragnarok*, renombre al mundo en el amanecer.

— ¿Cómo...? ¿Cómo es posible?

Ante el espejo, ausculta su nariz.

— ¿Cómo...? ¿Cómo es posible?

Ante el espejo, rasga sus labios.

— ¿Cómo...? ¿Cómo es posible?

Ante el espejo, desflora sus pupilas

— ¿Cómo...? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que todavía respire?

“Mirar”: Hoy, por fin me atreví. Desde niño, mi recuerdo de esa mujer es casi inmutable. Era bellísima. Cabello rojo, ojos grises. Inútil describirla. Hoy es ya una anciana. A la hora de la siesta, después de la comida, se detiene en una mecedora, desde su balcón de puertas de madera verde. Ahí envejeció. Sólo se dedica a mirar, hasta donde la oscuridad se lo permite. Mirar, mirar. Enfrentándose al cambio y a la muerte de todo lo amado. En silencio. Digna. Hoy, las arrugas le ofrecen sólo imágenes en descenso. Pronto ha de partir. ¿Cuánta muerte yace en sus ojos? ¿Cuánta vida? Hoy, por fin me atreví. Le he tomado una foto mientras ella veía hacia otro lado. Espero no encontrármela jamás.

Lucrecia tal vez no despierte. Las muletas no han de ser testigo. Por la ventana las arroja. Enciende un cigarro que no fumará. Regala el fuego bicéfalo a los rincones del departamento. Entre su pasado, encuentra la cámara fotográfica. La observa de cerca,

Diego Suárez Rojas

recorre cada centímetro como nunca lo hizo. Despide al polvo con el dorso de su mano. Las llamas abrazan a sus piernas; después de todo, sí sentían. Extiende los brazos, en busca del encuadre perfecto. Su primer autorretrato. En el lente brilla el iris. Dos ojos que se reconcilian y se miran.

Procurará sonreír.